

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA
JOSE SIMEON CAÑAS, FLORENTINO IDOATE, CON MOTIVO DE LA INAUGURACION
DE LA UNIVERSIDAD

En estos momentos históricos tengo el honor de dirigirme a vosotros en nombre de la Compañía de Jesús encargada de la obra de la Universidad privada que hoy ha sido erigida.

La Compañía de Jesús lleva ya en San Salvador más de 50 años de trabajo incesante en pro de la cultura salvadoreña. El Seminario central se levanta como un testimonio voluminoso de esta fecunda labor. Y el Externado de San José, por otra parte con sus incesantes oleadas de graduados, ha fecundado la Sociedad salvadoreña con Bachilleres que hoy ejercen con eficacia cargos delicados en la sociedad y gobierno salvadoreños.

Hoy viene a enfrentarse con una nueva y colosal tarea; la de organizar y regentar una Universidad Privada. Viene he dicho, pero no como intrusa ni siquiera por iniciativa propia, sino en virtud de un llamamiento podríamos decir popular. Habéis sido vosotros los padres de familia, representantes de todas las clases sociales los que, en votación multitudinaria de firmas en número impresionantes, nos habéis comprometido para esta obra. Venimos llamados por la Jerarquía Eclesiástica que ha querido depositar en nuestras manos, con gesto de confianza que nos abruma, esta tarea por vosotros solicitada. Venimos llamados por la sociedad y pueblo salvadoreño, quien por sus dignísimos representantes populares, ha abierto el cauce legal concreto del reconocimiento a este nuevo Centro de Cultura Superior. Venimos en cierta manera, también, llamados por el ilustre Gobierno y el Presidente de la República, quienes, en su noble y ambicioso afán de elevar todos los niveles culturales del país, y de intensificar la preparación de ciudadanos bien equipados para impulsar el desarrollo intenso que se avecina, han querido aprobar la apertura de este Centro con sus firmas autorizadas.

Para todos vosotros, los que habéis contribuido con vuestra iniciativa y esfuerzo; los que habéis alentado y sostenido esta noble iniciativa tan fructífera; lo que habéis hecho posible la realidad de esta nueva Universidad; los que habeis depositado esta noble carga sobre nuestros hombros; de una manera particular para la Institución Salesiana que nos ha brindado generosamente un hogar provisional en Don Rúa; para todos queremos rendir desde el primer momento la gratitud más expresiva. Y hacemos votos porque el día de mañana la historia salvadoreña confirme plenamente que no os habéis equivocado. Sino que recuerde emocionada vuestros nombres, los de todos aquellos que en un quince de septiembre, día de la Independencia, contribuyeron a dar un paso más adelante por el camino de esa independencia y libertad de toda esclavitud, -sobre todo de la igno-

rancia o capitulación esclavizante de la mente, fundando esta Universidad que lleva el nombre glorioso del ilustre Prócer, pionero insigne en la lucha por la erradicación de la esclavitud, José Simeón Cañas.

Esta tarea que nos habéis confiado y que tanto agradecemos en toda su nobleza, nos honra si íntimamente pero también nos obliga con insistencia cargada de responsabilidades. Tarea enormemente difícil la cual hemos aceptado después de larga y penosa deliberación, con plena conciencia de las dificultades y sacrificios que nos imponían. Pero confiando en Dios y en la ayuda constante de los promotores que la habéis iniciado, hemos dado este paso al frente por el bien de El Salvador y de la Iglesia. Esperamos de la sociedad salvadoreña la fundación de abundantes becas para que ningún talento capaz de fructificar para el bien del país permanezca inculto y estéril; sino que todos los que tengan auténtica y probada capacidad de contribuir en la línea de la cultura a la elevación de la Patria Salvadoreña, tengan amplio acceso a las fuentes de la cultura superior.

Para el bien de El Salvador, he dicho. Porque sería mezquino pensar que venimos y entramos en estas lides culturales contra nadie. No venimos contra nadie ni contra nada, -a no ser contra la carestía de profesionales y técnicos; venimos en pro del país, en una actitud cien por ciento positiva. Todo lo que es negativo nunca perdura; no tiene raíces vitales ni permanece ni tiene razón de ser.

Después de haber recibido el honroso encargo de organizar la Universidad, antes de dar este paso inicial, el primer trámite ha sido realizar, previamente, un estudio técnico estadístico, para poder leer en el lenguaje preciso de los datos y números concretos, una copia exacta de la realidad salvadoreña. Durante dos meses han trabajado dos especialistas en la materia en este estudio preliminar. Y la conclusión ha sido el detectar un déficit de profesionales y una exigencia apremiante del país de ciertos técnicos necesarios para su deseado desarrollo económico social y para encauzar su proverbial empuje y espíritu de iniciativa.

Por eso la Universidad "José Simeón Cañas", comienza con unas Facultades que a algunos han podido extrañar; no por las más fáciles y cómodas, sino por las más necesarias para el desenvolvimiento del país; no por aquellas en las que podríamos mostrar más interés inmediato según nuestro espiritu y condición sino por las más requeridas por la nación, aunque sean difíciles y costosas. Ha sido en una palabra el bien del país, el deseo de contribuir a dotarle con el ritmo necesario y conveniente de aquellos hombres preparados que necesita con urgencia para realizar sus grandes planes, lo que ha guiado nuestros pasos, y la meta de nuestras inmediatas aspiraciones.

De ahí que en estos momentos no pueda pasar por alto a la Universidad Nacional, sin dirigirle un saludo de hermana menor y unas palabras de recocimiento público por la ingente tarea llevada a cabo por ella sola

frente a tan grandes exigencias y obligaciones sociales y nacionales.

En este renacer y despertar dinámico de El Salvador en todos los órdenes; frente a un desenvolvimiento esperanzador al que empujan con vehemencia el ritmo de los tiempos, la presión intensa de la población, las exigencias de un bienestar humano general que llegue hasta las más humildes clases sociales, venimos a colaborar con vosotros y a compartir las responsabilidades de tan grandiosa tarea; y os podemos garantizar que en todas las tareas por el bien de El Salvador, en toda búsqueda auténtica de la verdad, y en toda conquista del progreso nos tendréis siempre a vuestro lado unidos en idéntica aspiración y semejante tarea.

Porque Universidad, como indica su mismo nombre, dice amplitud de miras, anchura de universo, carta topográfica del saber universal, centro luminoso que protege y cobija todo saber intelectual, abierta siempre a todas las avenidas de la verdad, a todos los afluentes del bien, sensible a todos los pasos resonantes del avance y el progreso.

Afincada en el presente y en su realidad palpitante y acuciadora, preten de recoger del pasado las grandes leyes y el acervo cultural decantado, -esa tradición cultural que es la memoria de la humanidad-, para lanzarse con ímpetu a proyectar su mirada hacia adelante y preparar el porvenir.

Pero la Universidad no sólo debe preparar hombres aptos que lleven adelante el desarrollo del país sino que debe formar hombres íntegros que sepan pensar por cuenta propia, dirigirse por sí mismos y dirigir a los demás; debe ser una forja de auténticas personalidades que las estructuras sociales cada vez más complicadas exigen cada día con mayor urgencia y en más amplias proporciones. Hombres de personalidad desarrollada, con espíritu de investigación, con deseos de verdad y con palpitaciones por el bien social.

Y si esos hombres, privilegiados por haber recibido más cultura, deben ser guías natos de los demás, es preciso que sepan con claridad adonde deben marchar y dirigir a los otros: Cuáles son las metas y los caminos luminosos de la vida; que sepan discernir los que levantan y los que envilecen al hombre, los que lo llevan a la cumbre y los que arrastran su dignidad por la miseria.

Por eso, a nadie parecerá extraño que la Iglesia, por medio de sus institutos, colabore en esta tarea ingente de bien común y de formación humana integral.

"El mundo no sólo hay que conocerlo; hay que cambiarlo y transformarlo". Esta tesis está afirmada de una manera elocuente y expresiva en las primeras páginas de uno de los libros más antiguos de la humanidad: La Biblia. Allí vemos que Dios puso al hombre en la tierra "para que la cultivase y guardase, y para que dominase sobre todas las cosas que en ella

existen". Es decir, para que la escrutase en todas sus dimensiones, penetrarse en sus entrañas pletóricas, sondease sus secretos reconditos, explotase sus recursos casi infinitos, captase sus energías maravillosas, cambiase su faz, cooperase en una palabra a la creación divina. Porque la creación está todavía en marcha, y todo esfuerzo humano, intelectual o artesano, fabril o doméstico, administrativo o de investigación, está inmantado por ese determinismo divino y tiende a terminar la obra de la creación.

Esa consigna bíblica se va cumpliendo a todo lo largo de la historia humana, de esa historia que precisamente en nuestros días ha alcanzado una aceleración sorprendente.

Por eso, colaborar al progreso y avance humanos, trabajar en todas las tareas gigantescas del hombre que tienden a transformar el mundo según el plan de Dios, para hacerlo cada vez más equilibrado, más confortable, más humano y más justo, es urgencia de todo mortal y obligación apremiante de todo cristiano.

Quiero terminar, este saludo con una palabra del célebre Jesuita francés Teilhard de Chardin, palabras que bien podrían esculpirse sobre el frontispicio de la nueva Universidad, como expresión cabal, de su estilo e inspiración permanente de su espíritu:

"Por mucho que digamos, nosotros los cristianos, respecto a cualquiera de los puntos de vista nuevos que atraen el pensar humano, JAMAS DEMOS LA IMPRESION DE TEMER NADA que pueda renovar y hacer más amplias nuestras ideas sobre el Hombre y sobre el Universo. EL MUNDO JAMAS SERA LO BASTANTE VASTO Y LA HUMANIDAD LO BASTANTE FUERTE COMO PARA SER DIGNOS DE AQUEL QUE LOS HA CREADO Y SE HA ENCARNADO EN ELLOS".

Recordando estas palabras, en su amplitud imponente, a un contorno local, podíamos decir en torpe glosa de las mismas: El Salvador jamás será lo bastante bello ni fuerte ni adelantado, como para ser digno de AQUEL que lo creó y le dió su mismo nombre.

(Editorial Revista ECA 443-444, Septiembre-Octubre 1985)